



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 28.

JUEVES 10 DE SETIEMBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

SUMARIO.

ESCRITORES CONTEMPORANEOS: ANTONIO DE TRUEBA, por F. Miguel y Badia.—EL GATO NEGRO, cuento, (Conclusión), por Pedro Escamilla.—LA PISCICULTURA, por D. O'Ryan de Acuña.—LA CIUDAD DE BURGOS.—EL QUE ESPERA, DESESPERA, por Jacinto Labaila.—LA ROSA, por Herder.—MELODIAS HEBRAICAS: ETERNIDAD, por Lord Byron.—EL REPTIL Y LA CHICHARRA, por M. O.—BIBLIOGRAFIA: DE MADRID A NAPOLES.—PENSAMIENTOS.—ZACATECAS: danza habanera, por Florencio Lahoz.

ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

ANTONIO DE TRUEBA.

III.

CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

Cuentos de color de rosa ha llamado este jóven escritor á una lindísima coleccion de novelitas sumamente sencillas, y en las que se retratan siempre los nobles y puros sentimientos del autor del *Libro de los Cantares*. No puede darse á estos preciosos cuentos un título mas apropiado que el de *Cuentos de color de rosa*; su lectura es un bálsamo para el alma fatigada, mas que un bálsamo una medicina que la cura eficazmente, como al indiano Santiago la influencia de su pais natal. Lejos están de estas sencillas narraciones los cuadros lúgubres y pavorosos que solo dejan veneno en el corazon, ahogando en él los buenos sentimientos y las dulces emociones, lejos se hallan tales asuntos, su contacto empañaría el puro espejo de los valles de las Encartaciones y derramaría sobre aquellos tranquilos caseríos un negro color que ha procurado el poeta apartar de ellos con cuidado. El amor al pais nativo, el cariño de familia, el sentimiento religioso, hé aquí los tres móviles que, como en *El Libro de los Cantares* animan la pluma de Trueba al escribir estos Cuentos. Siempre un provechoso ejemplo se desprende de su lectura; su influencia altamente benéfica y consoladora se deja sentir al momento y la impre-

sion moral que causan es su mejor recomendacion. La moralidad y la belleza se unen en estos sencillos cuadros, y en parte alguna puede verse mejor cuán bello es el ejercicio de la virtud, cuánto endulza los pesares el hacer bien á nuestros semejantes y el encanto que á la naturaleza prestan los sentimientos que germinan nobles y puros en nuestro corazon. Al abrir este tomo de Cuentos y al leer su dedicatoria, el lector se apasiona ya del poeta, le quiere, y con él esclama: «Yo tendré amor á la vida y no me creeré desterrado en el mundo mientras en él existen Dios, la amistad, el amor, la familia, el sol que me sonríe cada mañana, la luna que me alumbra cada noche, y las flores y los pájaros que me visitan cada primavera.» Y estas frases que deja escapar Trueba de su pluma al dedicar á su esposa aquellos cuentos, son, por decirlo así, un resumen de las ideas en ellos contenidas; nos muestra ya su amor á Dios, el aprecio de la amistad, el cariño á la esposa y á la familia, el encanto de sus descripciones y la poesía que á raudales brota siempre de su alma. Ni un momento siquiera se aparta de tales principios, ni un instante se le ve alejarse del camino de la virtud, de los poéticos senderos del valle de la caridad, siempre brotan de sus Cuentos palabras de consuelo, escenas interesantes y acciones dignas de ser imitadas.

Es el primero de estos cuentos el titulado *La Resurreccion del alma*, cuyo poético principio nos da á conocer luego el autor de los cantares populares. La casería de Ipenza es testigo de un acto de caridad: Quica y Ramon adoptan por hija á una pobre espósa, que han encontrado en un horno, y le dan por nombre Catalina. Catalina la pobre *jariega* y Santiago el hijo del casero se crían juntos, viven unidos, juegan ambos en su infancia, cogen los dos mas tarde las frutas que los árboles de las Encartaciones les ofrecen y sienten luego en su corazon un sentimiento que les conmueve. Catalina se afectó hácia Santiago; éste, un deseo de conocer el mundo, de salir de su

valle y de tener en su poder grandes riquezas. Todo sale á Santiago á medida de sus deseos: un tio que tiene en América le manda á buscar, y el jóven parte luego para el Nuevo-Mundo, en donde muerto su tio se entrega á toda clase de placeres hasta marchitar su corazon y su alma. Hastiado de todo resuelve volver á su patria, nada le mueve, nada le impresiona y anhela probar si la vista del valle en que nació y de la casa de sus padres derramarán en su alma gastada un dulce bienestar; mas se engaña su deseo, pues llega á Ipenza y nada experimenta su corazon; ve la casa de sus padres, el banco en que se sentaban, el lugar doméstico y sin embargo su alma permanece muerta. Catalina no desespera y confía en que Dios derramará algun consuelo sobre el alma del pobre Santiago, le exhorta á que vaya á la iglesia, á que ore encima del sepulcro de su madre y á que pida con fervor que haga rejuvenecer su corazon marchito. Catalina no se había engañado; el indiano siente, su corazon se ensancha, lloran sus ojos, Santiago ha resucitado. Y en efecto, el jóven se halla mejor, respira libremente, encuentra hermosos los árboles de la aldea, le sonríen los pájaros y su pecho anhela el bien, el amor de sus semejantes. Santiago hace construir un caserío, reúne á las mas pobres familias del pueblo y da á cada uno la llave de una casa y á Catalina «la llave de su corazon.» «Benditos sean, benditos sean,» dicen los nuevos caseros. «Y lo fueron, añade el autor, que Dios bendice á los que gastan su dinero en obras santas... y; quién sabe si tambien á los que cuentan cuentos honrados!» Cuán consolador y bello se nos presenta este cuadro, qué tintas tan suaves se derraman siempre por todos lados, el alma marchita ha de resucitar nuevamente, se ha de abrir para admirar á Dios, á los campos y á las flores. En *La Madrastra* relata Trueba con un sentimiento inesplicable el cariño de una madre, y nos pinta con perfeccion los encontrados afectos con que lucha el corazon de una madrastra. El cantor de la

infancia, que este nombre puede darse también á este poeta, nos cuenta con frases sencillas y llenas de interés los juegos y las acciones de los niños, los presenta en todo su candor y nos muestra su pecho angelical. Ellos vencen al fin el encono de su madrastra, esta piensa en lo que sufriría su hijo si ella muriese, y dominada por esta idea, guiada por su buen corazón abraza á sus enseñadas y les prodiga el dulce nombre de hijas. En el cuento tercero titulado *Desde la patria al cielo* nos muestra Trueba el ardiente amor que profesa á su patria y traza un hechicero cuadro al fin del cual se esclama con Pedro, repitiendo los versos de Lista:

¡Feliz el que nunca ha visto
Mas río que el de su patria
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

Uno de sus cuentos «mas dolorosos y por lo mismo menos sonrosado» llama el autor al titulado *El Judas de la Casa*, y en efecto, en él se encuentran escenas mas tristes, en que se lloran lágrimas de amargura y en que se nos deja ver un carácter verdaderamente malo. Este es Bautista, el Judas de la familia. Lleno su corazón de envidia, corroida su alma por sentimientos indignos da poco á poco lugar en su pecho á las mas viles pasiones, á la sed del oro y al desprecio á sus padres. En vano estos, en balde Ignacio y Juana sus hermanos, dos corazones tiernos y sencillos, el cura don José y su sobrino Mateo aconsejan y amonestan á Bautista, el muchacho permanece sordo, se obstina en sus trece, y lo que antes era una pequeña chispa se convierte dentro de poco en un espantoso incendio. Ciego ya Bautista, no viendo mas que el oro, se decide á robar á Mateo, y ayudado de otros malvados lleva á cabo su propósito. El castigo no se hace esperar, el remordimiento le sigue por todas partes, sus mismos compañeros de crimen le amargan mas la vida, y en el colmo de la desesperación, esclama: «¡Mal rayo de Dios me mate si esto es vivir! ¡esto es sufrir mil muertes, esto es el infierno en la tierra! Ni duermo, ni descanso... ¡siempre con sobresaltos, siempre con pesadillas, siempre con el infierno en el alma! Soy el hombre mas desgraciado de este mundo.» Espía Bautista ya en la tierra sus criminales acciones, al paso que Ignacio y Juana, don José y Mateo obtienen ya en ella el premio que envía el Señor á las almas buenas; la tranquilidad de la conciencia y la paz del alma. No menos encantador es el último Cuento de color de rosa que lleva por nombre *Juan Palomo*. Trascribir algunas de sus bellezas así de acción como de diálogo es imposible, es preciso repetirlo todo, es necesario admirar aquellas soberbias pinceladas, hijas del corazón, inspiradas precisamente por un alma de poeta. Inculcar el amor á la familia es el objeto de esta narración, y por cierto que consigue su fin, alcanzando que acabada su lectura se esclame involuntariamente: «Bendita sea la familia.» Caracteres sumamente bellos y perfectamente delineados componen la parte principal de este cuadro, en el que, al lado de don Juan de Urrutia ó Juan Palomo, se mueven figuras tan interesantes como la buena Felicianita, el honrado Antonio, el travieso Andresillo y la encantadora Isabel.

El arte en la narración debe concederse á Trueba; arte delicado, esquisito, alejado del artificio, y que esparce en todos los cuadros buen gusto y perfección. Cuán graciosos son algunos diálogos entre niños que se ven en sus cuentos, y cuán candidas ciertas conversaciones entre algunas niñas del pueblo, graciosas aldeanas, gloria y pimpollos del valle en que nacieron. Los caracteres pintados por Trueba son bellísimos y generalmente sostenidos. Así en estos como en el todo de la narración, se propuso Trueba presentar siempre la virtud, el lado mas digno de las cosas humanas, el lado que debería presentarse siempre al lector del siglo XIX, apartándole con

cuidado y horror de ciertas novelas psicológicas y sociales, que derraman en el pecho, en vez de consuelo, la duda y la desesperación. Trueba, como el trágico griego, quizá no ha pintado siempre los hombres como son, sino como debieran ser, pero no por ello ha idealizado falsamente, ni ha creado caracteres ficticios é inverosímiles, sino que escogiendo lo bueno que la realidad le mostraba, y depurándolo en el crisol de su inteligencia, ha creado un ideal verdadero, tal como debe presentarse á todo el que sepa apreciar aun la belleza y no se halle fascinado completamente por los escritos sensuales y realistas. Amante del valle en que nació, recuerda siempre con placer sus poéticos lugares; en ellos pasan sus cuentos, en sus montañas, en sus cristalinas fuentes, en sus arroyos, se suceden los mas interesantes hechos de sus narraciones, y el campo es siempre para este escritor el lugar del descanso, el sitio apacible y propio para pasar la vejez sentado cabe el escaño de sus mayores. No porque Trueba cante el campo desprecia las ciudades; lejos de él la creencia de que en ellas todo es vicio y corrupción, y si alguna vez se escapa de su pluma algun reproche, es sin duda porque su alma sencilla compara la tranquilidad y quietud de las aldeas con la agitación y el bullicio de las ciudades populosas. Además es cierto que en las aldeas se encuentran personas verdaderamente malas, pero lo es también que la gran mayoría tienen sentimientos mas sencillos que los habitantes de las ciudades; sus corazones no están marchitos, y si son pobres de inteligencia, son en cambio ricos de fe y de bondad, y conservan religiosamente las creencias de sus abuelos. No cifra tampoco Trueba la práctica de las virtudes en la ignorancia, puesto que sus personajes, sin ser sabios, no son por ello tontos, ni mucho menos estúpidos, y están por el contrario dotados de talento claro y despejado. Y si quiere verse una comprobación de lo que dejamos apuntado, obsérvense con detenimiento los caracteres de Santiago y Catalina, de Ignacio y el cura y su sobrino, aunque ligeramente señalados, y finalmente todos los que componen el lindísimo cuento titulado *Juan Palomo*. Los *Cuentos de color de rosa* son una nueva joya producida por la novela contemporánea, derraman un bálsamo en el corazón herido, hacen amable la virtud por sí sola y sin el contraste con el vicio, é inculcan sobremanera los tres grandes sentimientos de amor á la religión, á la patria y á la familia.

IV.

COLORIN COLORADO.— CUENTOS CAMPESINOS.

Al lado de los *Cuentos de color de rosa* deben colocarse las colecciones de cuentos que ha publicado don Antonio de Trueba con los títulos de *Colorin colorado* y *Cuentos campesinos*. Las buenas cualidades literarias que hemos reconocido en el autor del *Libro de los Cantares* se encuentran también en aquellas colecciones, modestas por su carácter, pero ricas de bondad y bellezas artísticas. La sencillez que en tanto grado resplandece en todas sus composiciones, se encuentra aun mayormente en el *Colorin colorado*. Los cuentecitos que forman esta colección parecen escritos por el autor solo para sí, sin pretensión alguna, y por ello son un vivo traslado del carácter del escritor, que llena el alma de ideas nobles y aspiraciones elevadas, deja correr ligera su pluma, para que estampe sobre el papel las graciosas escenas y los interesantes asuntos que constituyen sus poéticas narraciones. ¿Puede darse mayor frescura y espontaneidad de la que respiran los bellísimos cuentos titulados *Las vecinas* y *El principe desmemoriado*? ¿Acaso con pocas pinceladas no se retratan perfectamente en el primero dos mujeres á cual mas buena y digna de ser apreciada? Y en el segundo ¿no causa por cierto un verdadero placer la lectura de aquel cuento de niños tan gracioso, tan ligero, y cuyo carácter

está tan magistralmente conservado durante la narración toda?

Si en el *Colorin colorado* se propone Trueba recrear principalmente, á la par que dar también un amistoso consejo, en los *Cuentos Campesinos* bajo la forma de la novela se encierra en cada uno una lección de moral ó de conducta. En estos Cuentos Trueba ha pintado las costumbres campesinas de Castilla, y al verificarlo ha idealizado mucho menos de lo que lo habia hecho en los *Cuentos de color de rosa*. Nos ha presentado, animados por la magia de su estilo, al labrador castellano rodeado de su familia, sentado entre sus hijos, padre á la vez que vecino de su pueblo, y alrededor de este tipo que resalta en todos estos Cuentos, ciertos personajes no muy buenos, y si por el contrario á veces dignos de castigo, á la par que merecedores de compasión por sus extravíos y debilidades. Siempre nos ha presentado el trágico fin de estos seres desgraciados, su azarosa existencia y el remordimiento que les aqueja de continuo, al paso que Pepe-Madruga y Juan Cachaza viven tranquilos y sosegados bajo su pobre choza, rodeados de su familia y colmados de las bendiciones que el Dios de los buenos les envía desde el cielo. El carácter algun tanto realista que presentan los *Cuentos Campesinos*, será tal vez una nueva belleza á los ojos de personas de nuestro siglo avezadas á no mirar las cosas mas allá del modo como se presentan, y que buscan en la novela una verdadera fotografía de la vida. No es así como comprende Trueba el arte, y nos complacemos en consignarlo, nunca su pluma trazará estas monstruosas copias de nuestra sociedad, copias que á su carácter completamente inmoral, añádesen muchas veces el ser falsas hasta en sus menores detalles. Trueba evita con cuidado el presentar ciertos espectáculos degradantes para el hombre: le muestra siempre con benévolo afán el camino de la virtud y de la caridad, y enseñándole la dicha de que gozan en este mundo las almas virtuosas y humildes, anhela que siga la virtud por lo que ella es en sí, por su contraste con el vicio y por el deseo de una bienaventuranza eterna. Juan Bigardo y la tia Gaceta forman solo un detalle en sus respectivos cuadros, no constituyen en ninguno de ellos una parte principal, y sirven solo para hacer brillar mas la virtud y la honradez, si acaso es necesario para que brille la virtud su contraste con el vicio. *Siembras y cosechas*. *La felicidad doméstica* y *El mas listo que Cardona*, son los tres cuentos que, formando parte de la colección citada, presentan los caracteres que acabamos de mencionar, al paso que *Lo que es poesia* y *El Lozoya*, pertenecen á otra clase distinta de narración. En estos últimos propiamente falta una acción con verdadero desenlace; no hay trama alguna, reduciéndose el primero á una exposición bella y animada de escenas poéticas para hacer comprender lo que es poesia, y el segundo á una graciosa narración alegórica de la traida á Madrid de las aguas del Lozoya.

La lectura de las obras de don Antonio de Trueba causa siempre un verdadero placer. Prescindase, si es posible, de la belleza y del talento que reina en la acción de sus cuentos; no se fije la atención en los vivos caracteres que tan bien están pintados, no se pare mientes en las graciosas aldeanas de las Encartaciones, ni en las buenas madres de Castilla, y á pesar de ello la lectura de sus poesías y de sus cuentos interesará al lector, y no le será fácil dejar el libro de las manos sin marcado sentimiento. ¿Y á qué se debe la atracción que sobre nosotros tienen los escritos de este jóven poeta? Sin duda alguna el estilo sencillo, vivo y gracioso que en todas sus obras, desde el mas sencillo cuento á la mas poética canción, se halla y se admira. El gracejo brota siempre de la pluma del señor Trueba, gracejo de buena ley, picaresco, tal vez demasiado algunas veces, aunque rarísimas, y en general del mejor gusto que desearse pueda. Nos atrae el estilo del autor de los *Cuentos de*

color de rosa, y nos admira el acierto y tino que ha mostrado al pintarnos las enamoradas niñas de sus narraciones. La niña de ojos azules, la niña de ojos negros, Catalina, Isabel, son verdaderos ángeles de amor en la tierra, seres dichosos que siembran la felicidad en el corazón del que las ama, y que mueren a la vez de amor si se ven despreciadas, por mas que tal idea haga asomar la risa a los labios de algun escéptico. No son falsos ideales aquellas lindas doncellas, no son fruto solo de la imaginación del poeta, no, hijas de nuestra patria, ha presentado en cada una de ellas las cualidades que ha podido admirar en otras varias, y quizá se encuentra alguna que sea un retrato animado por el pincel del artista.

Si la novela nacional, siguiendo la senda que con tanta gloria para nuestra patria le ha trazado la insigne novelista sevillana, la autora de *La Gaviota* y *Clemencia*, produce obras tan bellas, si quier sencillas, como los cuentos de don Antonio de Trueba, no haya miedo que muera temprano o se agoste en flor por falta de cultivo, ni que hayamos de decir por mas tiempo que en nuestra patria el género literario predilecto del siglo XIX sea exótico, y no pueda aclimatarse en ella de modo alguno. Agrúpanse todos los verdaderos poetas y artistas alrededor de Fernán Caballero, y florecerá la novela; continúese con fe y entusiasmo el camino seguido por Hartzembusch, Gutierrez y otros poetas de nuestros tiempos, y no se llamará prosaico a nuestro siglo, o por lo menos a sus creaciones literarias; recuerden siempre los autores españoles los nombres venerandos de Luis de León, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, y no se acusará a nuestra patria de estéril en nuestros días; sus obras literarias serán leídas por todo el mundo civilizado, y podremos llamarnos con justo orgullo dignos nietos de poetas tan grandes y esclarecidos, a la par que descendientes de Pelayo.

F. MIGUEL Y BADÍA.

EL GATO NEGRO.

CUENTO.

(CONCLUSION.)

Un día estaba yo en la puerta de la iglesia pensando en mi pobre Marcelina; era un hermoso día de julio, un sábado... las gallinas con sus polluelos venían escurriendo la tierra a picotear mis pies, y mi perro las miraba con indiferencia. De pronto sentí un escalofrío, levanté la cabeza y vi a Lulú que con su paso ordinario y su sonrisa burlona se dirigía hacia a mí, mirando de cuando en cuando a la plataforma de la torre.

Al verle me levanté para volverle la espalda, pero él me detuvo por un brazo con su asquerosa zarpa.

—Señor Adriano, me dijo con dulce maullido, tendréis la bondad de conducirme a la torre donde se ha refugiado mi canario al escaparse de la jaula.

—¿Cómo! dije yo balbuceando, vuestro canario...

—Sí, está en el canalón; mirad desde aquí como reluce su hermoso plumaje herido por el sol. ¿Queréis que subamos?

Yo por toda contestación abrí la puertecilla y subí seguido de Lulú... ¡Dios mío! ¡Iba a encontrarme en la plataforma solo con él! Me acordé de Cuasimodo y del gato ceniciento, a quien había arrojado desde allí el día anterior.

—¡Tunante, infame canario! iba diciendo Lulú por la escalera, jadeando ya como un gato poco acostumbrado a trepar.

Yo me sonreía de satisfacción. Bendito animal, decía entre mí, tú me proporcionas mi venganza, porque yo estaba decidido a todo, y en la palidez de mi rostro, en el tono de mi voz y en la expresión de mis ojos, debía haber conocido Lulú el pensamiento de muerte que

vagaba por mi imaginación, tomando fuerza y pidiendo resolución al mismo miedo.

Pero el gato se volvió estúpido sin duda cuando nada sospechó en aquel momento.

—Ya hemos llegado, le dije asomándome a la ventana y mostrándole el canario que en la punta del canalón permanecía tranquilo sin sentirnos.

—Y bien, tened la bondad de salir al tejado, me dijo enseñándome una moneda.

—Imposible, señor Lulú, la extraordinaria elevación me produce vértigos, y estoy muy débil a causa de mis padecimientos.

Y Lulú, sin sospechar nada, se encaramó en la ventana y salió al tejado.

Lo que yo sentí en aquel instante es incalificable. Cuando vi al zorro del gato pisar la pizarra con cautela y adelantar su mano hacia el extremo del canalón donde le esperaba el canario, sentí una especie de contracción nerviosa: las sienes se agiaban con la trepidación de la sangre; me zumbaban los oídos como si tuviese calentura; mi lengua seca se me pegaba al paladar, y únicamente mis ojos se entornaban reconcentrando la luz en un punto negro que tenía delante. La impunidad y el odio vencieron al miedo, impulsando mi mano sobre Lulú, quien al sentirse desprendido de su punto de apoyo y atravesando el espacio, me dirigió una penetrante mirada y dió un bufido que sería sin duda una maldición.

Después, un ruido seco y terrible se dejó oír... era el miserable gatito que se rompía los huesos en los guijarros de la plaza.

—¡Marcelina, Marcelina! grité yo con entusiasmo, y caí en el suelo desmayado de alegría...

Cuando volví en mí estaba en un calabozo: una habitación de húmedas y negras paredes con una ventana enrejada que daba sobre la plaza; desde allí veía la torre de donde había arrojado a Lulú. ¿Pero por qué estaba yo encerrado?

Al anoecer entró el carcelero que era un hombre alto y seco como una espiga, con su gorro de lana y un farol. Le pregunté con extrañeza lo que significaba aquello, y él, mirándome con aire estúpido, me dijo que si estaba preparado.

—¿Preparado a qué?

—A morir, me contestó el hombre esquelético con la misma tranquilidad que pudiera haber empleado para ponerme en libertad.

—¡Morir! dije yo sin acabar de comprender; pero ¿por qué voy a morir?

—¡Bah! ¿No os acordáis ya de vuestro crimen, tú os habéis vuelto loco? dijo con acento brutal.

—¿Cómo! ¡criminal yo!... ¡Ah, quisiera saber cómo es eso!

—¿Y el compadre Lulú?

—¡Diantre! ¿Y vos llamais compadre a un gato?

—Cuando digo que está loco, murmuró el carcelero dando dos vueltas a la llave y alejándose por el corredor.

Yo me quedé estupefacto. ¡Gran Dios! ¿morir por haber matado a un gato! ¿Constituye un crimen tal acción? Es imposible. ¿Pues qué no sabía yo bien la legislación de mi país? ¿No he visto yo a los muchachos del pueblo cazar con lazo a multitud de gatos y ahorcarlos de un árbol por haberse engullido un pájaro? ¿No maté yo mismo al gato ceniciento que devoró a mi golondrina, sin que dicha muerte tuviese otra consecuencia que un individuo menos en la especie? Repito que es imposible...

A no ser que las consideraciones de que Lulú gozaba en el pueblo le colocasen en otra esfera... ¿Pero dejaría por eso de ser un gato aun cuando tuviese viñas y olivares de su pertenencia, y no se dedicase a cazar ratones?

Yo quise hablar, y hablé, en efecto con un joven abogado que gozaba de una gran reputación en el país; le hice que me mostrase una ley que así privaba de la existencia por una acción que el jurisconsulto mas pertinaz y re-

calcitrante no soñaría en calificar de crimen; y por último, le manifesté mi resolución en apelar de una sentencia que yo consideraba tan injusta como ridícula; pero él con una erudición que me dejó aturrido y que yo estaba muy lejos de sospechar en un aire asimplado y bonachón, me probó la indulgencia del tribunal, que solo se había contentado con imponerme la muerte, siendo mi crimen tan espantoso. Me habló de las Partidas y del Digesto de los romanos, de la antigua civilización asiática, de la destrucción de Sodoma y Herculano, desenvolviendo una teoría enteramente nueva sobre las consideraciones que se deben a todos los gatos en general y a algunos en particular, apoyando sus razones con mil notas históricas y juiciosas observaciones sobre las necesidades de las sociedades modernas, deduciendo yo de todo aquello que aun tenía que manifestarme agradecido al tribunal por la templanza de su sentencia, y las consideraciones que me había guardado al enseñarme en el umbral de la muerte muchas cosas de que podía haberme aprovechado, a no haber sido tan ignorante.

Yo no comprendía nada de aquello y miraba al leguleyo con aire espantado. Aquel hombre decía cosas verdaderamente extraordinarias. Figúraos cuál sería mi asombro al oírle afirmar muy formalmente que Lulú era tutor de Marcelina.

En poco estuvo el que soltase una carcajada.

¡Un gato tutor de una doncella!

Esto era superior a todas mis ideas sobre semejante raza.

Dí las gracias al joven, y quedé solo en el calabozo reflexionando sobre todo cuanto acababa de oír; pero lo que mas me horrorizaba era la idea de morir tan pronto, cuando al libertarme de Lulú había creído asegurar mi felicidad. ¿Sería posible lo que aquel hombre había dicho, y estaría yo loco efectivamente?

Ello es que dentro de muy pocas horas iba a cumplirse la caritativa sentencia del tribunal, vengando con mi vida un atentado hecho a las prerogativas de los gatos en el individuo Lulú.

Todo estaba listo: aquella noche me había desvelado, además de mis lúgubres pensamientos, varios golpes y martillazos que se oían en la plaza.

Eran los criados del verdugo que preparaban el tablado.

Amaneció, por fin, y yo salí de mi prisión con gran acompañamiento.

La vida de un hombre iba a extinguirse cuando asomaban los primeros rayos del sol... ¡un bello sol de estío!

El contraste no podía ser mas terrible.

La plaza estaba llena de una multitud ansiosa de contemplar mi último gesto, el estertor y la agonía. Todas las miradas se fijaban en mi rostro, miradas estúpidas, casi sangrientas y despiadadas como buitres hambrientos que esperan un opíparo festín.

Mis pies hacían rechinar ya la fatal escalera; todo estaba pronto; el asqueroso cordel oprimía mi garganta, y... cosa rara: anochece ya. Algunas estrellas aparecían en el firmamento, y la luna asomaba su disco en el horizonte.

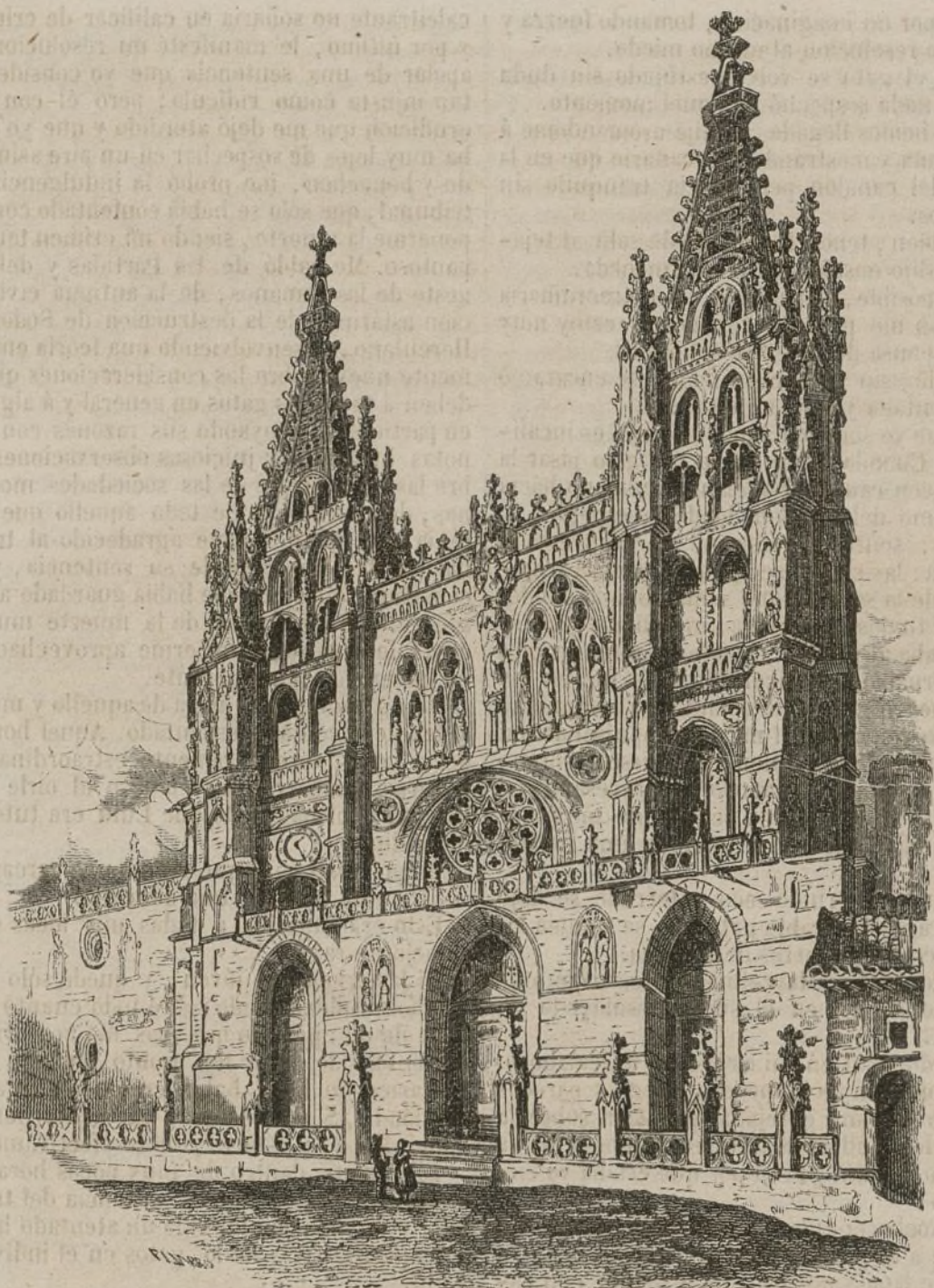
¡Dios mío! ¿qué luz es aquella que brilla entre los árboles del bosque? Es la señal misteriosa tanto tiempo esperada. Marcelina me llama, corro a su encuentro. Ya empieza el día eterno de nuestra unión... Partamos, Marcelina, la misión del verdugo ha terminado.

PEDRO ESCAMILLA.

LA PISCICULTURA.

I.

¿Qué es piscicultura? ¿Es meramente el arte de cultivar la clase zoológica de los pescados? ¿No tiene la índole de ese arte otra esfera de aplicación? Si hubiera de estarse al significa-



Catedral de Burgos.

do etimológico del nombre *piscicultura*, eso y nada mas seria sin duda todo lo que debiera inferirse que ella abraza.

Pero por mi parte, descubro con claridad fuera de aquellos límites, por cierto muy vastos de suyo, otros horizontes mas estensos, en que pueden aplicarse con entero éxito los principios fundamentales de la piscicultura.

En otros términos: pienso que hasta ahora

todavía no se ha comprendido de una manera completamente práctica y filosófica, á la vez, la índole de ese nuevo adelanto, que está pasando casi desapercibido y al cual se ha dado el nombre de *piscicultura*.

¿Cuál es, pues, el modo verdaderamente práctico y filosófico de considerar su índole?

Hé aquí lo que ahora intentaré expresar á grandes rasgos.

Para quien quiera es evidente, y por esto no debo detenerme á demostrarlo, que la creación no presenta sino dos únicos teatros donde el hombre, con el ayuda de su trabajo, puede proporcionarse las materias que, ya en el estado primario en que las obtiene, ya transformándolas por medio de otras industrias, le cubren las necesidades y los goces que la naturaleza, por sí misma, no satisface. Estos dos teatros ó laboratorios son la tierra y el agua.

Consultando la observación y el experimento, hallo que concuerdan en patentizar que la humanidad empieza en el mundo su carrera social por no cultivar ni la tierra ni el agua. Prescindiré aquí de los testimonios de la observación especulativa, conceptuándolos ajenos á este lugar. No atenderé mas que á los testimonios prácticos, á las verdades experimentales, á la enseñanza, en fin, de la historia.

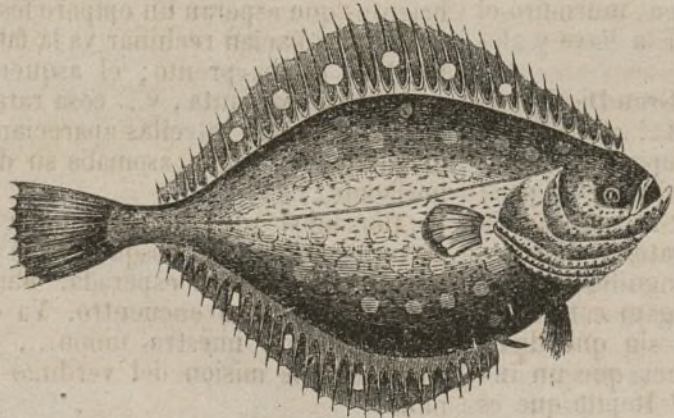
Tomándola por regla, veo en efecto, que el hombre en el primer estado social que él constituye, ó sea en el estado salvaje, vive enteramente de los productos espontáneos del uno ó del otro elemento, ó de los de entrambos al propio tiempo. Por consiguiente, deduzco con seguridad, que en el estado salvaje ni la tierra ni el agua se cultivan. Porque el no hacer mas que coger al acaso productos espontáneos de la tierra ó del agua; porque ni aun el recolectarlos periódica ó sistemáticamente, no pueden con filosófico fundamento reputarse como prácticas de verdadero cultivo.

Y conviene decirlo esplicitamente: por mas que existan nociones empíricas y arraigadas acerca del cultivo, no puede la filosofía, la ciencia, reconocer verdadero cultivo sino en las conquistas del trabajo ordenado que guia las fuerzas productivas propias de la naturaleza organizada, y las combina para que den por resultado un aumento ó una mejora en la reproducción de especies animales y vegetales. Una cosa es apoderarse de materias inorgánicas ú organizadas existentes, por sí mismas en el globo; otra cosa es dirigir, por medio de la voluntad y del trabajo del hombre, fuerzas vitales que funcionan en la creación, y emplearlas de modo que sirvan para acrecentar ó mejorar el producto anual de las especies vivientes, mas inmediatamente útiles. Lo primero no es sino estraer: lo segundo es verdaderamente cultivar.

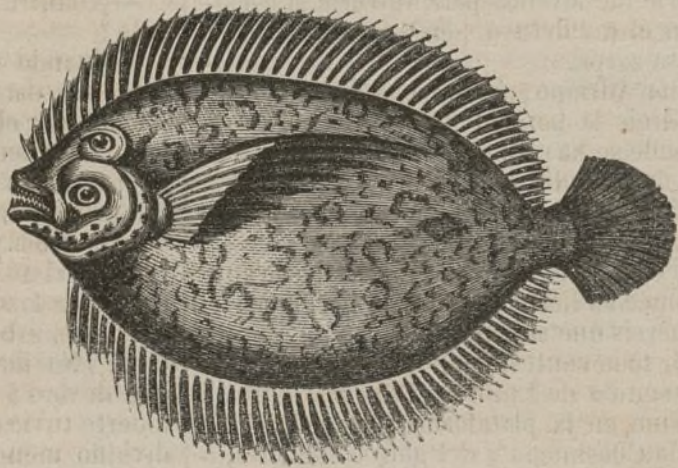
El objeto *especial* del cultivo consiste, pues, en aumentar ó perfeccionar el producto anual de los dos reinos naturales organizados.

Además, es obvio que ese objeto lo mismo cabe realizarlo en las proporciones líquidas que en las superficies sólidas del globo.

Asi que, como en el estado salvaje ni aun se procura llenar semejante mira, no existe en el verdadero cultivo.



Platija.



Pleuronecte con ojos.

Al estado salvaje sigue el estado pastoral. Llegadas las tribus á esta segunda época social, es cuando realmente se empieza á cultivar la tierra, porque entonces es cuando se principia á criar, ó sea cultivar, especies de las que la pueblan.

El agua, por el contrario, no comienza á

ser cultivada, en manera alguna, sino en un estado de civilización considerable; ni á cultivarse ámplia y sistemáticamente, sino en medio de una civilización muy refinada.

Reasumiendo: las sociedades humanas al formarse, ni cultivan la tierra ni el agua. Desde que pasan al estado pastoral, empiezan

á cultivar y siguen siempre cultivando despues la tierra. Finalmente, en otro grado superior, acometen además el cultivo del agua, el cual principia á adquirir á la sombra de una civilización muy perfeccionada, su desenvolvimiento sistemático.

Esto último es lo que ya está acaeciendo.

Procuraré explicar aquí por qué razones no podía antes de ahora haberse comenzado á difundir la práctica de este cultivo, y por qué señales se descubre que haya principiado á difundirse.

Sin duda, la necesidad social es el único móvil capaz de lanzar un conjunto de hombres á emprender el ejercicio de cualquier grande industria. Ahora bien; por lo que respecta al cultivo del agua, nada, escepto una alta civilización, puede tampoco traer consigo semejante necesidad social.

Toda civilización imperfecta va acompañada de la carencia general de fáciles medios de comunicación. De ahí el que en las naciones

atrasadas, los productos de las aguas encuentran pocos mercados comparativamente; pues apenas pueden tener otros sino los cercanos á los ríos, á los lagos y á las costas. La gran facilidad de las comunicaciones, es por la inversa, uno de los mayores distintivos de los pueblos muy adelantados. Pero las comunicaciones expeditas, aparte de multiplicar extraordinariamente los mercados, los constituyen mucho mas ricos tambien. Tal es el secreto de la creciente é inmensa demanda que los productos acuáticos adquieren con una civilización adelantadísima. Por otro lado, es propio del empeño de la oferta, el desarrollarse á la par que las exigencias de la demanda. A esta

ley económica, hay que referir la causa del fenómeno de que, en nuestros días, las especies acuáticas, sobre todo las animales peculiares de las regiones interiores y del litoral, hayan llegado á convertirse en objeto de cierta persecución. Así se ve que ya no se trata mas que de cubrir á cualquier costa, la demanda de pescado y marisco. Siendo insuficiente á satisfacerla la reproducción natural, ó sea la pesca de productos animales que el agua espontáneamente suministra, parece como si fuera hasta atentarse contra las especies. No se las deja reproducirse normalmente, porque se arrebatá á las aguas hasta las crías, que aun no han podido contribuir á la



Lámina de Madrid á Nápoles.—Vista del Lago Mayor.

multiplicación de su especie respectiva. De lo cual viene á pararse en un terrible empobrecimiento de las aguas, y en que, por un instante, algunas de sus especies mas preciadas, parezca que amenazan extinguirse.

Y de seguro acabarían por desaparecer bajo el rigor de tamaña persecución, lo mismo que en virtud de ciertas armonías de la naturaleza, están llamadas á concluirse otras especies de las que ahora habitan las aguas y las tierras. Pero la mano del hombre, que es la encargada de servir de instrumento á la realización de esas armonías, no hiere de muerte sino las especies cuya existencia pudiera perturbar el equilibrio general de la vida en el globo. Por esto mismo, las especies acuáticas mas ricas y que ahora se diría que, con la cruda guerra que se las hace, iban pronto á ser exterminadas, como que en realidad tienen una importantísima función que llenar en el conjunto general de la vida, el hombre lejos de aniquilarlas, las salvará y aun las ensanchará en adelante, al modo que salvará y ensanchará otras muchas.

En esa vía, sin embargo, no cabe el empezar á marcharse, de lleno, mas que con el auxilio de una civilización en alto grado perfeccionada. Porque ni la necesidad social puede, si no entonces, imponer la adopción de semejante temperamento, ni es dable, mas que

entonces, emplear las luces y los requisitos todos, sin los cuales abortarían los esfuerzos con que se intentara tan vasta combinación.

Por lo demás, ¿necesito significar las señales por donde se descubre que ya se hayan dado los primeros pasos eficaces, á fin de someter las aguas á un cultivo amplio, sistemático, científico? Cuando todos los gobiernos de Europa compiten en celo por fomentar este mejoramiento; cuando en las principales naciones de la tierra se le ve propagarse; cuando sociedades científicas, corporaciones administrativas, particulares inteligentes cada día, le prestan mayor desarrollo, ¿será menester detenerme á mostrar que el cultivo del agua ha comenzado ya á recibir una lata aplicación?

Con todo, á pesar de hallarse en la actualidad tan generalizado, pienso que aun no se ha comprendido la verdadera índole de la *piscicultura*, que es la especialidad en cuyo nombre aquella práctica se propaga. Porque ¿qué importa que aquí y allí se crien con esmero animales acuáticos, toda vez que hasta ahora no se ha discernido en esto otra cosa mas que un resultado accidental, y no todo el vastísimo conjunto del arte de cultivar el agua?

Arriba dejo manifestado que piscicultura no significa sino el arte de cultivar la clase de los pescados. Ahora bien: para mí tengo, y lo tengo por hecho demostrable, que en lo que

ahora se denomina piscicultura existe el germen de todo un sistema entero de cultivar el agua. Para decirlo de una vez: yo creo firmemente que hay, en realidad, dentro no solo de lo posible, sino dentro tambien de lo práctico y de lo necesario, un arte para cultivar el agua, lo mismo que la hay para cultivar la tierra.

Cierto que el agua ha solido reputarse igualmente propia para el cultivo que la tierra, Berthelot, entre otros, dice: «*La pesca, segun la expresion conocida, es la agricultura del mar*» (1). Mas si por aquí se quiere dar á entender, y otra cosa no es presumible, que la pesca ordinaria, ó sea la extracción de productos espontáneos de las aguas, equivale al cultivo de este elemento, desde luego semejante apreciación se halla en desacuerdo con mi definición del cultivo, la cual considero exacta. Aquella preocupacin es, por consiguiente, contraria á la sana filosofía. Y no obstante, apenas cabria estrañarla en el vulgo, si se contempla que los escritores económicos no tienen reparo en exagerar mas todavía, incluyendo la industria minera en el cultivo de la tierra. Porque de seguro no es imaginable mayor exageración, que la de propalar seriamente que el minero, que saca de las entrañas de la

(1) *De la Pêche sur la cote occidentale d'Afrique. Paris, 1840.*

tierra materias que él no ha contribuido á producir y con cuya estraccion pone término á la riqueza ulterior del espacio donde opera, puede y debe ser clasificado con el verdadero cultivador, con el que en vez de agotar multiplica.

Tambien es cierto que desde que la piscicultura obtuvo notable boga, algunos autores han afirmado que el agua no se presta menos que la tierra al cultivo. Sin embargo, todavía no he logrado encontrar, por mas que lo he pretendido, ningun cuerpo de doctrina ageno á tales vaguedades, en el cual se determinen la naturaleza y los límites del arte de cultivar el agua.

Acerca de este grave punto, hé aquí las convicciones que profeso.

La tierra y el agua, segun lo he significado, son los dos únicos teatros principales en que la actividad humana se puede ejercer. Una *clasificacion artificial* deduce de esa verdad incontestable; por un lado, *la agricultura*; por otro lado, *la pesca* primero, y despues *la piscicultura*. Pero una *clasificacion natural* pareceme que debe deducir de allí *la terrecultura* y *la acuicultura* (1).

Ya he combatido la impropiedad filosófica de las dos clasificaciones *pesca* y *piscicultura*.

Tampoco, á mi modo de ver, hay nada mas rudo y confuso ni, por lo mismo, mas opuesto á la ciencia moderna y á la exactitud que ella se afana por imprimir á las clasificaciones, que esa otra palabra *agricultura*. En efecto, esta voz solo significa cultivo del campo. Las superficies secas del globo, que es á lo que aquel cultivo y aquella denominacion se pretenden aplicar con acierto, están sin embargo muy lejos de constituir todas ellas campos indistintamente. Antes bien, casi ninguna lo es en el sentido técnico de la palabra. No lo es, á menos de confundir las ideas, una selva, un monte, un jardin, ni diferentes otras subdivisiones de la tierra cultivable. Valiera lo mismo llamar el cultivo absoluto de la tierra por la voz *horticultura*, *floricultura*, *apicultura* ó por cualquiera de los nombres con que se espresan sus infinitas ramificaciones, como denominarlo *agricultura*. Lo uno seria tan arbitrario, tan *artificial* como lo es lo otro.

Las denominaciones que sugiero, *terrecultura* y *acuicultura*, creo que llenan, por el contrario, las condiciones de una clasificacion natural, cuya necesidad se hace sentir en medio del caos empírico que todavía envuelve una de las aplicaciones mas importantes de la actividad humana, el cultivo del globo.

Sin duda, los dos vastos teatros donde este cultivo total principalmente se opera, ofrecen distintos caracteres constitutivos, los cuales determinan dos grupos naturales y diversos, á saber: el de las culturas terrestres y el de las acuáticas. De una manera vaga, las porciones secas y las porciones líquidas del globo pueden conjuntamente apellidarse *la tierra*. Procediendo así, no habria lugar mas que á considerar un cultivo único. Pero la ciencia requiere divisiones naturales. Y lo mismo que la vida, en cierto modo, no es tampoco sino una, y sin embargo la fisiología la divide en dos grupos y aun despues la zoología y la botánica la clasifican con arreglo á distintos tipos, del mismo modo tambien parece conveniente y atinado que el cultivo en general se clasifique en un sentido análogo. De lo contrario, seguiria indistintamente denominándoseles *agricultores* tanto á los que cultivan cereales, como á los pescadores con caña, como á los mineros, como á los que van á los polos á coger cetáceos, todo lo cual resulta violento en demasia.

Asi que, conforme á la nueva clasificacion cuyo punto de partida indico, no serian en todo caso la agricultura y la piscicultura actuales, sino meras ramas de la terrecultura y de la acuicultura respectivamente.

(1) *Terræ-cultura* y *aque-cultura*.

(Se continuará.)

D. O'RYAN DE ACUÑA.

LA CIUDAD DE BÚRGOS.

Capital de la provincia de su nombre es la ciudad de Búrgos, la sede de un arzobispo metropolitano de las catedrales de Pamplona, Calahorra, Palencia, Santander y Tudela. Está cercada de colinas, situada sobre el rio Arlanzon, con edificios públicos que por su antigüedad recuerdan haber sido la corte de los reyes de Castilla, y entre ellos merece particular atencion la catedral. La vega es amena y abundante en granos, ganado, lino, cáñamo, etc. Hay fábrica de curtidos, medias de lana, paños, bayetas, mantas, etc. Es patria de San Julian, obispo de Cuenca; de los dos célebres jueces de Castilla, Nuño Rasura y Lain Calvo; del conde de Castilla, Fernan Gonzalez; de Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el *Cid Campeador*; de los reyes don Pedro el *Cruel*, don Enrique III y doña Leonor I, mujer de don Juan I. Varios son los concilios y cortes que se han celebrado en la ciudad de Búrgos. En las de 1515 se incorporó el reino de Navarra al de Castilla y Leon. Su poblacion es segun el último censo de 23,448 habitantes. El 10 de noviembre de 1808 se batieron las tropas españolas y francesas en sus inmediaciones.

EL QUE ESPERA, DESESPERA.

I.

Don Simplicio era rico y honrado.

Vió la luz pública en los felices tiempos de las calesas, de los tontillos y del cabello empolvado. Nació cuando se encendia lumbre con yesca y cuando se alumbraba con aceite: cuando los *pollos* iban acompañados por un eclesiástico, y cuando los hombres se acostaban á las diez; cuando las *pollas* besaban las manos á los curas y callaban en visitas, y las mujeres eran amas de gobierno y no sabian escribir; en una palabra, don Simplicio era un rezagado del siglo XVIII.

Tenia una hija y la dió la educacion que él habia recibido.

Cada época tiene sus ilusiones, y sus manías y la educacion se resiente de unas y de otras. En la época citada las hijas vivian en una esclavitud paternal. Sus padres las dejaban sin voluntad, quitándolas los medios de emplearla, y las hacian infelices por temor de un extravío que así creian evitar, cuando por el contrario, de ese modo las precipitaban muchas veces en él. Las prohibian toda clase de lectura para «no abrirlas los ojos», y las hacian ignorantes; les presentaban los hombres como unos monstruos, queriendo que conservasen ante ellos la vista baja, y las hacian hipócritas. No las dejaban mas que la triste eleccion entre un novio de real-orden y un convento, y hacian contraer matrimonios sin amor y llenaban los monasterios de religiosas sin vocacion. No querian que aprendiesen á escribir por miedo de que escribieran á sus amantes, y de que de estos aprendiesen cosas que, segun los padres, ellas debian ignorar, pero que ellas tenian olvidadas de puro sabidas, y fundaban un señorío paternal sobre la ignorancia de sus hijas, que no querian ilustrar, esclavizándolas absurdamente por el estúpido temor de que fuesen libres.

Por este sistema fue educada Andrea, la hija de don Simplicio.

En el siglo XIX la dieron la educacion del XVIII.

II.

Andrea tenia veinte años y muchos deseos de encontrar novio.

Estaba libre y eso que era jóven, hermosa y rica... pero tenia miedo á su padre.

No la faltaban aspirantes; pero su casa era inaccesible, y ella no frecuentaba reuniones, ni teatros, ni bailes; y los bailes, los teatros

y las reuniones son los viveros de los novios. Andrea se aburría.

No conocia otras distracciones que las iglesias, el balcon y la compañía de una muchacha amiga suya y vecina del segundo piso: en las iglesias siempre se encontraba con alguna estatua viviente, alias jóven, con pretensiones de novio, que la miraba de hito en hito y que la impedía leer en el devocionario y fijarse en el santo sacrificio de la misa; desde el balcon siempre veía caballeros andantes y jóvenes sosteniendo esquinas, que la dirigian miradas capaces de ablandar un bronce; y en casa de su amiga entablaba con ella esas conversaciones risueño-románticas que tienen las jóvenes cuando están solas y hablan en secreto.

Andrea no tenia novio y parecerá extraño á primera vista; pero ninguno de sus muchos pretendientes llegaba á serlo por las siguientes razones:

Porque en su casa no entraba ningun jóven.

Porque tenia una criada única, vieja é incorruptible, una de esas criadas históricas que ayer formaban parte de la familia, y cuya raza se ha extinguido casi por completo.

Porque no iba Andrea á ninguna parte donde pudiese hablar con jóvenes, y en donde estos pudiesen declararse.

Porque no sabia leer ni escribir merced á la educacion ridícula que de su padre habia recibido.

Andrea, pues, no podia tener novio; era inespugnable como Sebastopol; no es extraño que se fastidiase.

III.

Una tarde en la calle de Barcelonina de Valencia, donde vivia Andrea, paseaban por debajo de sus balcones dos mancebos, al parecer decentes, y entablaron el siguiente diálogo.

—¿Dónde me llevas, Pedro?

—A pasear la calle de una muchacha de la que estoy enamorado. Aquí es... esos son sus balcones.

El apostrofado con el nombre de Pedro, señaló á su acompañante una casa de regular apariencia.

—¿Es esa muchacha que se asoma?

—No; esa habita en el cuarto segundo.

La jóven que se asomaba al balcon era Juanita, la amiga de Andrea. Se habia hecho la ilusion de que Pedro la paseaba la calle, y estaba siempre al balcon muy peripuesta, muy elegante y muy contenta. Sus ojos miraban incesantemente á Pedro, y parecían decirle las célebres palabras de Cromwell: *Esta casa se alquila*.

—Chico, esa jóven no cesa de mirarte.

—Cree que me fastidia; se ha figurado que le hago el amor desde el día que me enamoré de la del primer piso.

—¿Es esa que aparece en el balcon?...

—Sí, ella es.

—Me gusta mucho; celebros tu eleccion.

—¡Ay Pascual! es inespugnable... no va á ninguna parte... Llevo encima una carta escrita para ella y su criada no la ha querido recibir.

—Pues suprime la criada... hazle señas... ve si la quiere tomar.

—Tienes razon... magnífico medio... ya que no puedo emplear otro.

Pedro sacó la carta y se la enseñó á Andrea tres veces consecutivas para que no pudiera dudar de su intencion; Juanita lo estaba viendo.

Andrea vaciló un momento y se ruborizó; pero ruborizada y todo, hizo una señal afirmativa con la cabeza; Juanita lo estaba viendo.

Pedro preguntó por señas cómo queria recibir la carta; Andrea le dijo tambien por señas que esperase y... desapareció del balcon.

No habrian trascurrido tres minutos cuando Andrea volvió á aparecer con un hilo grueso, que desplegó hacía la calle; Pedro cogiendo uno de los extremos ató la carta... Juanita lo estaba viendo.

Andrea, después de pozar el hilo, desató el billete; en seguida oyó una voz que la hizo estremecer: era la de Perico que la decía, *contésteme usted... mañana volveré por la respuesta*. Juanita veía y oía.

Pedro y su amigo se perdieron de vista al poco rato, desapareciendo por la bajada de San Francisco.

Juanita se entró rápidamente del balcón, cerrando los cristales con estrépito; se conocía su rabia en el portazo de los cristales.

Andrea que contemplaba la carta recibida la estrujó con ira, exclamando:

—¡Si no sé leer!!!

IV.

Por la noche Andrea subió a ver a su amiga Juanita.

Hablando, hablando la refirió minuciosamente la historia de sus amores con Perico, concluyendo con enseñarle la carta de éste para que se la leyera y se la contestase: escuchado nos parece decir que estaba rabiando de curiosidad por saber su contenido.

Creemos hacer a nuestros lectores un obsequio no insertando la carta: si son hombres, bastantes habrán escrito, y si son mujeres bastantes habrán recibido iguales a la de Perico, porque todas las cartas-declaraciones se parecen; nuestros lectores, pues, ya pueden suponer lo que dice.

Lo cierto es que Juanita leyó la carta y que Andrea la escuchaba con religiosa atención, y que a la primera le pareció sosa y necia, y a la segunda correcta é ingeniosa, lo que prueba que en este mundo las cosas parecen, según el prisma, por el que se las mira.

—Contéstale en seguida, dijo Andrea, dándole a entender que le correspondo.

Díle también que a las once de la noche estaré en el balcón.

Juanita se sonrió maliciosamente y se puso a escribir... ya veremos a su tiempo lo que le contestó a Perico.

V.

Al anoecer, Perico radiante de felicidad acudió a la calle de Barcelonina.

Según las demostraciones que habían precedido a la entrega de la carta el ídolo de su corazón le correspondía, y satisfecho de haber encontrado lo que buscaba no le afligía la incertidumbre y acudía contento a saborear las delicias de una dicha adivinada.

Y no le cegaba el amor propio; en su caso el joven menos esperto en galantes aventuras hubiera creído lo mismo.

Andrea ya le esperaba asomada al balcón; al ver a Perico dejó caer la carta.

El joven la cogió con la velocidad del rayo, levantando en seguida la cabeza para manifestar a Andrea su agradecimiento... pero el balcón estaba ya vacío... el que estaba ocupado era el del cuarto segundo.

Perico, sin embargo, no lo advirtió, y a la luz de un farol inmediato leyó la carta. Concluida la lectura rompió en una corrida perdiéndose en la sombra de la noche. ¿Le daba alas su felicidad?...

VI.

Todavía no eran las once cuando Andrea salió al balcón; cada bulto que distinguía a lo lejos le parecía su amante; pero se acercaba el bulto y perdía la ilusión.

—Las once deben dar pronto, se decía... ¡No viene!... También soy muy exigente, quiero que antes de la hora esté aquí, y eso no es justo.

En este momento dieron las once del reloj de la plaza de San Francisco.

—¡Las once dan!... no tardará en venir. Distingo una sombra que anda... él debe ser. La sombra que andaba se fué acercando y no era él... era un salvaguardia.

¡Que torpe soy! se decía Andrea al reconocer su engaño.

El tiempo pasaba y Perico no venía.

La impaciencia de Andrea crecía en aumento progresivo y la hacía exclamar de vez en cuando:

—¡No viene!!

Perico no perdía la esperanza aunque extrañaba su tardanza, y buscando razones para disculparle, razonaba así:

—Para no ser puntual, precisamente debe haber tenido alguna ocupación perentoria... ó estar enfermo...

En este instante un sereno recorría la calle cantando: *Las doce*.

—¡Las doce, y no viene! exclamaba Andrea sorprendida y encolerizada, y Perico no venía.

El tiempo pasaba y Andrea perdió la esperanza de que viniera Perico.

Se levantó un airecillo de nieve que la puso mas desesperada aun.

Ya nadie recorría las calles de Valencia: únicamente de vez en cuando se veía pasar una ronda, algún sereno, ó algún joven que otro que volvía a casa.

Era ya la hora de los serenitos, de las brujas, de los hombres de mala vida, de los aires fríos y de los constipados.

Una campanada clara y sonora hirió los oídos de Andrea.

—¡La una! ¡ahora sí que ya no viene!... gritó rabiosa estrujando con los dedos la franja de su pañolón de abrigo.

En efecto, Perico no venía.

—¡Esto es inicuo! ¡esto es una infamia!... ¡se ha burlado de mí!... murmuraba Andrea, colérica, desapareciendo del balcón.

Cuando hubo desaparecido se oyó una carcajada en el del segundo piso.

Juanita se reía con toda su alma.

(Se continuará.)

JACINTO LABAILA.

LA ROSA.

«Yo veo desojarse y morir todas las flores que me rodean, y sin embargo, de mí solo dicen los hombres que me marchito pronto y que me caigo con facilidad. ¡Ingratos! ¿No os hago bastante agradable mi corta existencia? Y aun después de mi muerte, ¿no dejo una tumba llena de dulce aroma, medicinas y bálsamos llenos de vida y de salud? Y sin embargo, oigo cantar incesantemente a mi alrededor:—¡Ah, qué pronto se marchita y pierde sus hojas la rosa!»

Así se lamentaba la reina de las flores desde su trono, tal vez sintiendo por la primera vez lo efímero de su hermosura. Una niña la oyó y dijo:—«No así te incomodes con nosotras, hermosa flor, ni llores ingratitud lo que es un exceso de amor; el deseo de nuestra mas tierna solicitud. Nosotras vemos morir una a una todas las flores que nos rodean, y lo consideramos como la suerte de todas las flores; pero a tí, su reina, a tí sola deseamos y aclamamos el honor de la inmortalidad. Por eso cuando vemos desvanecidas nuestras ilusiones, pronunciamos una queja, con la cual nos lamentamos por tí y en tí. Toda la juventud, la hermosura y la alegría de nuestra vida, las comparamos con tu existencia, y cuando como tú las vemos desaparecer, cantamos suspirando:—¡Ah, qué pronto se marchita y pierde sus hojas la rosa!»

HERDER.

MELODÍAS HEBRAICAS.

ETERNIDAD.

Sí, en ese mundo que se eleva mas allá de los límites del nuestro, el amor llega a sobrevivir, si el corazón responde todavía allí a la amistad, si los ojos tienen todavía allí su dulzura y no sus lágrimas.... ¡Con qué entusiasmo se saludarán esas nuevas esferas! ¡Qué dulce sería morir al instante, levantar el vuelo lejos de la tierra y ver todo temor confundirse en tu luz, oh eternidad!

Y así debe ser: el hombre no tiembla solo para sí mismo al borde de la tumba, y al querer atravesar el abismo, no se agarra para sí solo a los últimos lazos de la existencia. ¡Ah! ¡creamos que en ese porvenir el corazón volverá a encontrar los corazones que ha amado, que juntos beberán en la fuente inmortal, almas eternamente unidas en una sola alma!

LORD BYRON.

EL REPTIL Y LA CHICHARRA.

Subióse un reptil a un árbol y le dijo una chicharra:

—¿Cómo puedes, miserable, elevarte hasta esa rama?

—Hija mía, contestóle poquito a poco y a rastra.

¡Cuántas distinciones, Fabio, arrastrándose se ganan!...

M. O.

BIBLIOGRAFIA.

DE MADRID A NAPOLES

pasando por París, Ginebra, el Mont-Blanc, el Simplon, el Lago Mayor, Turin, Pavia, Milan, el Cuadrilátero, Venecia, Bolonia, Módena, Parma, Génova, Pisa, Florencia, Roma y Gaeta.

POR DON PEDRO A. DE ALARCON.

ilustrado con grabados que representan monumentos, retratos, estatuas, costumbres, etc., etc.

En esta obra que tanta aceptación ha merecido del público se admiran las descripciones animadísimas y llenas de verdad y poesía de toda Italia, de Suiza y de París con que el señor Alarcon ha demostrado una vez mas su lozana imaginación, sus dotes de observador profundo y su estilo lleno de originalidad y elegancia.

La obra va ilustrada con cerca de cien grabados que representan monumentos, ciudades, países, tipos populares y personajes célebres. En el presente número damos muestra de ellos.—La impresión es clara y el papel escelente.

El precio de la obra es 48 rs. en Madrid y 56 en provincias franco el porte.

PENSAMIENTOS.

La virtud es una línea horizontal; la fuerza es una línea vertical, y la astucia es una línea oblicua.

Commerson.

La sonrisa es el arco iris del rostro.

Commerson.

Las mujeres cuando niñas, juegan a las muñecas y hacen de mamás; cuando grandes juegan al amor y hacen de niñas.

Un bello rostro es el mas bello de todos los espectáculos.

La Bruyere.

El tiempo es el maestro que saca mejores discípulos.

El hombre débil teme la muerte, el desgraciado la llama, el valentón la provoca, el hombre sensato la espera.

Franklin.

Los reyes son los ilustres esclavos de sus pueblos.

De Monteville.

Un gran escritor es un mártir que no morirá.

Balzac.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

MADRID.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.

ZACATECAS

Danza Habanera

Por

FLORENCIO LAHOZA la Señorita D^a Feliciano Ojesto.

PIANO

FIN